



Lo incognoscible latinoamericano: aportes y limitaciones de la crítica cultural

The Latin American Unknowable: Contributions and Limitations of Cultural Criticism

MAGDALENA LÓPEZ
Universidade de Lisboa, Portugal
Magdalena.lopez@fl.ul.pt

CARLOS GARRIDO CASTELLANO
Universidade de Lisboa, Portugal
cgc@campus.ul.pt

Resumen: Partiendo del marco de la crítica cultural elaborada desde la segunda mitad del siglo xx, este artículo analiza dos de las principales discusiones teóricas latinoamericanas relacionadas con la comunidad y lo político, la decolonialidad y la poshegemonía. La principal hipótesis de este texto consiste en afirmar que ambas corrientes actuales deben ser confrontadas sin dejar de considerar el peso de un elemento incognoscible. Al compararlas con la definición de populismo planteada por Ernesto Laclau, se pretenden esbozar las posibilidades y las limitaciones de los sujetos políticos alternativos propuestos por ambas tendencias a la hora de reemplazar al sujeto populista en aras de una práctica político discursiva más democratizadora.

Palabras clave: América Latina; Decolonialidad; Populismo; Poshegemonía; Teoría Política.

Abstract: Based on the cultural criticism elaborated in the second half of the 20th century, this article analyzes two of the major Latin American theoretical discussions on community and politics, namely decolonialism and posthegemony. The main argument of this paper is that both currents need to be examined without losing sight of the weight of the unknowable. By comparing those two currents with Ernesto Laclau's definition of populism, we explain the possibilities and the limitations of the alternative political subjects sketched

by both tendencies in order to replace the populist subject with a more democratic discourse practice.

Keywords: Decolonialism; Latin America; Political Theory; Posthegemony; Populism.

LO INCOGNOSCIBLE LATINOAMERICANO: APORTES Y LIMITACIONES DE SU CRÍTICA CULTURAL

Desde la emergencia de conciencias protonacionales a partir del siglo XIX, la necesidad de representar y conceptualizar las subjetividades de América Latina ha sido obsesiva. A lo largo de este ensayo discutiremos las diferentes aportaciones de la crítica cultural latinoamericana al intentar dar cuenta de una territorialidad poco dócil a sus definiciones. Trayendo a colación la XVIII Edición del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos (2013), reflexionaremos sobre las propuestas críticas más relevantes a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI. Dichas propuestas mostrarán un correlato en el escenario político actual latinoamericano. En la última parte del ensayo debatiremos los alcances y limitaciones de dos propuestas teóricas –la poshegemonía y lo decolonial– que se presentan como alternativas tanto frente a las tradiciones críticas anteriores, como al modo predominante en que se concibe lo político en el discurso público.

DEL MESTIZAJE A LA HETEROGENEIDAD, DEL PUEBLO AL SUBALTERNO

Los posicionamientos político-discursivos que mayor visibilidad tienen hoy se conjugaron en el Premio Rómulo Gallegos del 2013. El evento de premiación estuvo enmarcado en el contexto de la llamada “marea rosada”, esto es, de la llegada de la izquierda al poder en países como Venezuela, Argentina, Ecuador, Brasil, Bolivia, Nicaragua y El Salvador (Beverly 2011: 7-15). Por primera vez desde su creación en 1964, el premio le fue otorgado a una obra puertorriqueña, en un gesto que pareció finalmente autorizar la inclusión de la isla en una tradición literaria latinoamericana conformada por figuras tan rutilantes como las del Boom (García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes) y las de la postdictadura (Piglia, Bolaño). La premiación estuvo rodeada de un ambiente muy politizado: los escritores venezolanos opuestos al chavismo no se presentaron al concurso como forma de protesta, tampoco hubo ningún intelectual opositor entre los miembros del jurado y, el acto oficial constituyó una suerte de *performance* político en el que no escasearon las banderas y las consignas a favor del independentismo puertorriqueño, la Revolución Cubana y la bolivariana. En determinado momento, incluso, el presidente venezolano Nicolás Maduro llegó a calificar a Puerto Rico como una oportunidad pendiente de lo que Cuba sí había logrado realizar (López 2013). Por su lado, el autor premiado, Eduardo Lalo, ofreció un discurso que elaboraba una contundente denuncia sobre los efectos devastadores del neoliberalismo y de la condición

colonial de Puerto Rico. De este modo, la premiación de la novela reunió uno de los componentes básicos estipulados por el estudioso argentino Ernesto Laclau en su teoría sobre el populismo; a saber; un campo claramente antagónico (los Estados Unidos, el neoliberalismo, el imperialismo) (2005: 99).

La teoría laclauiana ha estado muy en boga en los círculos académicos durante la última década. En particular, ha proporcionado una base conceptual para muchos intelectuales latinoamericanos de izquierda que necesitaban deslastrar al populismo del estigma negativo de la tradición liberal. Bajo esta nueva mirada, el populismo provee una herramienta discursiva para pensar los cambios de hegemonía. Además de la conformación de una frontera antagónica, Laclau destaca la de una cadena equivalencial de demandas sociales que “hace posible el surgimiento del ‘pueblo’” (2005: 99). Lo curioso, sin embargo, es que *Simone*, la novela premiada, resulta una suerte de narrativa antipopular en la que se defienden los valores jerarquizantes del arte y la literatura. Cualquiera que haya leído la obra encontrará imposible concebir una articulación equivalencial que permita algún sentido de comunidad alternativo al de la sociedad neoliberal puertorriqueña. Por el contrario, la narración aboga por el letrado como una figura que resiste los embates del capitalismo de masas en un ascético aislamiento.

La paradoja de una propuesta literaria conservadora enmarcada en un discurso oficial que se autodefine como revolucionario, dramatiza nítidamente las dificultades que ha tenido el pensamiento crítico latinoamericano en el siglo XXI a raíz de la emergencia de la marea rosada. El fin del ciclo neoliberal de los años noventa en buena parte de la región, ha llevado a que nos situemos en lo que el académico estadounidense John Beverley denomina un momento postneoliberal (2013). Sin embargo, al contrario de lo que cabría esperar, las seculares asimetrías de poder siguen vigentes. Si, como muestra el evento de premiación de la novela de Lalo, existió y sigue existiendo consenso respecto a una crítica antineoliberal, los desacuerdos en relación a sus posibles alternativas se han agudizado en la medida en que la izquierda se ha vuelto hegemónica en la región.

Aunque se trata de una situación inédita en el continente, el problema puede ser rastreado en los debates de la “nueva crítica literaria latinoamericana” que surgieron a partir de la segunda mitad de los años setenta (Rincón 1978: 385). Asumiendo un compromiso ético con la realidad latinoamericana, dicha crítica rompió con los límites disciplinarios de los estudios tradicionales de literatura, renunciando a las hermenéuticas textualistas. Desde entonces esta área de estudios se interroga tanto por las condiciones de producción del propio aparato crítico como del corpus estudiado. En este sentido, *La ciudad letrada* (1984) del crítico uruguayo Ángel Rama se constituyó como un texto seminal para develar las complicidades que la literatura y el ámbito letrado en general sostuvieron con las élites nacionales en la exclusión de las grandes mayorías. La atención de esta nueva crítica se centró, entonces, tanto en los aparatos de poder simbólicos como en lo popular que quedaba excluido por ellos. ¿Cómo se definían las territorialidades tanto dentro como fuera de la ciudad letrada? Conscientes de la profunda heterogeneidad del tejido social, académicos como el mismo Rama, Antonio Cornejo Polar, Néstor García Canclini y René Zavaleta propusieron categorías teóricas para pen-

sar lo latinoamericano que se alejase del paradigma eurocentrista planteado por José Enrique Rodó en su *Ariel* de 1900. Si la transculturación y la hibridez de Rama y García Canclini respectivamente, tendían a una conciliación de las diferencias bajo matrices modernizadoras o multiculturales –algo así como una reactualización del mestizaje de Martí, Ortiz y Vasconcelos–, la heterogeneidad conflictiva del crítico peruano Cornejo Polar no hizo solo énfasis en la diversidad, sino también en la conflictividad. Al concebir lo latinoamericano ya no en los términos hegelianos como producto sintético entre lo europeo y lo africano o indígena, Cornejo Polar renunciaba a la idea de unidad. Lo que le interesó fue la fragmentación de la totalidad y el desgarramiento que se produce entre diversas tradiciones y proyectos (Moraña 1999: 21 s.). Aunque la categoría del crítico peruano no está exenta de un paradigma epistémico letrado, su importancia radica en subrayar el conflicto y la negatividad constitutiva latinoamericana (Moraña 2000: 225).

Si por un lado, esta negatividad del sujeto colectivo constituye la peculiaridad a partir de la cual es posible pensar recursos agenciadores, no es menos cierto que esta ha determinado las insuficiencias teóricas que han querido perfilar un sujeto democrático popular. Incluso lo heterogéneo puede llegar a adolecer de cierta impronta reificadora. No importa en qué momento o desde qué perspectiva ideológica se configuren las categorías de lo latinoamericano, lo representado siempre rehúye de su representación; lo conflictivo impide una resolución definitiva. Este fenómeno vale tanto para nociones de mestizaje, transculturación e hibridez como para las posteriores categorías de subalternidad y multitud. Vayamos por partes.

Con la emergencia de los estudios culturales (ingleses y norteamericanos) y los estudios postcoloniales basados en fuentes teóricas deconstruccionistas y postmarxistas, los estudios latinoamericanos de las universidades estadounidenses comenzaron a incorporar debates que inicialmente habían sido planteados en otras áreas de estudio. El ejemplo más representativo de este fenómeno fue la creación del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos en 1992 por académicos como Beverley, Walter D. Mignolo, Javier Sanjinés, Patricia Seed e Ileana Rodríguez. La idea era presentar una salida a los apollados estudios de área y a la razón académica imperial de los estudios culturales latinoamericanos. Parecía claro que los *cultural studies* respondían a una perspectiva multicultural anglosajona que fetichizaba las identidades (Grüner 2002: 130). Al respecto, ya en el año 1976, Enrique Dussel alertaba sobre una separación entre el concepto de “diferente” que refería lo otro dentro de lo mismo y el de “distinto” que aludía a lo otro *ante* lo mismo (Palermo 2008: 238). Buscando trabajar en lo “distinto”, el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos retomó la impronta de los estudios del sudeste asiático (Ranjit Guha, Gyanendra Pandey, Shahid Amin, Partha Chatterjee, Dipesh Chakrabarty, entre otros). Aunque la conflictiva diversidad cultural latinoamericana seguía siendo una preocupación común, lo subalterno hacía énfasis en las asimetrías de poder. El “boom del subalterno”, como ironizó Mabel Moraña respecto a este campo de estudios (1998), resultó altamente problemático para una crítica social que veía borrada la especificidad latinoamericana, incluida su propia tradición reflexiva. En un artículo póstumo, “Mestizaje e hibridez: el riesgo de las

metáforas”, Cornejo Polar alertaba sobre la inadecuación de traducir contextos ajenos para concebir el propio y, también, del uso del inglés. Se trataba de fenómenos que venían a reforzar la hegemonía epistémica del Norte que precisamente académicos como él habían buscado combatir. Al respecto expone Moraña:

Cornejo se refiere al uso del inglés como lengua de procesamiento teórico realizado con prescindencia de los aportes teóricos latinoamericanos y a la tarea de diseminación pedagógica realizada muchas veces en esa misma lengua y con arreglo a un canon teórico postmoderno que se sobrepone, a veces con violencia, al corpus estudiado. Enfatiza, sobre todo, las implicancias que se desprenden de esas prácticas, a partir de las cuales se prestigia y jerarquiza la cultura interpretante sobre la interpretada, subalternizando, por así decirlo, al objeto de estudio, y a los productores culturales (creadores, críticos, receptores inmediatos) del acervo cultural hispanoamericano. Cornejo advierte, finalmente sobre el reemplazo imperfecto de los textos hispanoamericanos por traducciones muchas veces imparciales e imperfectas y sobre el proceso general de “falsa universalización de la literatura a partir del universo lingüístico con que se la trabaja (2000: 223).

La preocupación de Cornejo Polar insinuaba la repetición del rol de América Latina como productor de materias primas (culturales) de los centros industriales metropolitanos que ya había sido expuesto por la teoría de la dependencia en los años cincuenta. Por otro lado, la cuestión de la universalización ya no solo de la literatura y de su crítica, sino también de las subjetividades latinoamericanas, es relevante por cuanto éstas llegaron a identificarse como “subalternas” para aludir al sujeto-pueblo de la retórica académica estadounidense en el contexto de las luchas guerrilleras centroamericanas.

Como contrapartida al relativismo postmoderno, el género testimonio se pensó como una nueva forma de compromiso político-cultural en la que el intelectual abandonaba su posición privilegiada y fungía de mediador del relato oral del subalterno. El ejemplo más exitoso en la academia norteamericana fue el del texto de autoría doble letrado/subalterno entre la socióloga venezolana Elizabeth Burgos y la indígena maya Rigoberta Menchú. Apartando las dudas respecto a la “autenticidad” de una voz subalterna que resulta sometida al filtro de la escritura, el asunto de la concepción del sujeto testimoniante también fue problemática. La voz del subalterno debía expresar su reafirmación y resistencia frente al *statu quo*. ¿Qué pasaba entonces con aquellos sujetos marginados que se identificaban con el sistema o que no comulgaban con las luchas de liberación e incluso la combatían? ¿No eran igualmente subalternos?¹ Piénsese por ejemplo, en la resistencia de la comunidad miskita y de sectores campesinos que ayudó a minar las bases del sandinismo y contribuyó a su derrota electoral en 1990. La existencia de subjetividades que no encajaban en los rasgos prescritos sobre el testimoniante mostró que había rasgos de universalización en la categoría del subalterno latinoamericano. Cierta visión romántica pareció reforzar la desigual histórica

¹ Uno de los contraejemplos acerca de la existencia de testimonios de derecha fue *Hunger of Memory* (1982) de Richard Rodríguez. El mismo fue abordado por Beverley (1993).

distancia entre los intelectuales –sobre todo los del “Primer Mundo”– y sus “objetos de estudio”. La tendencia hacia la homogeneización no permitió percibir lo popular en toda su complejidad y, en parte, esto pudo haberse producido por las disonancias epistémicas (y lingüísticas) sobre las cuales alertaba Cornejo Polar. Con la distancia que nos da el siglo XXI, no es difícil encontrar cierta coincidencia entre la propuesta de *Calibán* (1971) del escritor cubano Roberto Fernández Retamar y la del subalterno: ambas respondieron más a razones de Estado que propiamente marginales.

La problemática respecto a si es deseable la captura del Estado se ha hecho más evidente en los debates recientes sobre la teoría populista ya mencionada de Laclau. El argentino definió al populismo como un discurso de “interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético antagónico respecto a la ideología dominante” (1978: 201). Este conjunto antagónico que sería el que arroja a los sujetos subalternos –el “pueblo”– consigue articularse en un “significante vacío” que recibe una multiplicidad de demandas sociales (2005: 136). Hasta aquí, todo bien. Lo que Laclau no resuelve sin embargo, es la reificación de esa subalternidad una vez que concluida la transición hegemónica, el significativo vacío delimita sus propios significados. Tal como arguye Jon Beasley-Murray, Laclau “toma al Estado como un presupuesto, y nunca interroga su poder” (2010: 69). El Estado que deviene del proceso constituyente restablece nuevas exclusiones para sustentar su hegemonía, mientras que el sujeto-pueblo cada vez va siendo más reducido, al tiempo que se configura un campo político constituido en torno a la idea de reforma pero que, en la práctica excluye toda lucha social (Draper 2015: 111). Baste pensar en el panorama actual que caracteriza a la marea rosada: rechazo a la despenalización del aborto en el Ecuador, homofobia del discurso oficial venezolano, fortalecimiento de la jerarquía católica en Nicaragua, imposición estatal de un desarrollismo que atenta contra la autonomía de los territorios indígenas en Ecuador, Brasil y Bolivia, y la fustigación de los sindicatos independientes en Venezuela.² Todos estos fenómenos resultan claros ejemplos de un poder constituido que busca cerrarle el paso a aquellos grupos subalternos con los que estos gobiernos se alimentaron inicialmente. Estaríamos, así, ante la clausura del elemento constituyente; una osificación de la articulación de demandas que según Laclau cimenta el modo de hacer política del populismo. Al mismo tiempo, asistimos a una subyugación del potencial transformativo de “la política” en manos de “lo político” (Laclau/Mouffe 2001), y el presente se instaure como único futuro posible. En rigor, esta situación aparecía ya esbozada en *La razón populista*, cuando Laclau se refiere a

² El potencial estratégico del populismo ha sido reaprovechado por partidos emergentes fuera de América Latina como Podemos. La construcción de un campo antagónico –“la casta”–, de un momento constituyente –el 15 M– y de un significativo vacío en el que se articulan las demandas de los “indignados” en la figura de un líder carismático –Pablo Iglesias–, expone un fenómeno poco explorado en lo que tiene que ver con los flujos discursivos actuales desde América Latina a Europa y no al revés. Para un excelente análisis de las “traducciones” de las experiencias políticas venezolana, ecuatoriana y boliviana de militantes como Iglesias, Íñigo Errejón y Juan Carlos Monedero, a la realidad española, véase el artículo de Chava y Schavelzon (2015).

una posibilidad real aunque extrema, porque implica la disolución del pueblo: a saber, la absorción de cada una de las demandas individuales, como diferencialidad pura, dentro del sistema dominante –con su resultado concomitante, que es la disolución de sus vínculos equivalenciales con otras demandas–. Así, el destino del populismo está ligado estrictamente al destino de la frontera política: si esta última desaparece, el “pueblo” como actor histórico se desintegra (2005: 117).

Lo sucedido con la marea rosada confirma que “el Estado es un parásito de los llamados ‘excluidos’, que son los que le proporcionan legitimidad y vida, en la misma medida (o aún más) en que el Estado les niega bienestar y reconocimiento” (Beasley-Murray 2010: 157). Esta paradoja explicaría entonces por qué la retórica populista que acompañó el Premio Rómulo Gallegos echó mano de una novela que celebra la cultura en términos eurocéntricamente exclusivistas. Podríamos identificar este fenómeno con el término de “neorielismo” acuñado por Beverley para calificar un giro neoconservador en la crítica cultural latinoamericana reciente, si no fuera porque él solo lo concibe para designar a aquellos que, esgrimiendo una defensa de la ciudad letrada latinoamericana frente a la academia estadounidense, son críticos de los gobiernos “rosados” (2011: 47-51.). Inserto en la misma lógica de los antagonismos del discurso populista, Beverley solo alcanza a detectar el conservadurismo del otro lado del espectro político. Su visión, así, resulta circunscrita por límites que demarcan inequívocamente lo popular. De allí su llamado actual a un postsubalternismo que, aunque parece distinto al subalternismo anterior, en realidad sigue respondiendo a una razón de Estado que ahora, por ser la de una izquierda hegemónica, renuncia a una radicalización deconstructiva del poder.³

El hecho de que la alternativa culturalista contra el neoliberalismo global sea la de acudir a una tradición letrada que no se cuestiona su propio poder⁴, tal como lo vimos en la premiación de *Simone*, muestra lo difícil que ha resultado precisar una territorialidad latinoamericana realmente emancipadora.

POSHEGEMONÍA Y DECOLONIALIDAD

¿Qué alternativas quedan, entonces, para pensar colectividades propiamente latinoamericanas que resulten agenciadoras? ¿Qué hay fuera del escenario cultural latinoamericanista ejemplificado en el Premio Rómulo Gallegos? En lo que sigue deseamos discutir dos líneas alternativas de estudios: la teoría decolonial y la poshegemonía o de la infrapolítica.

Para salir de la camisa de fuerza dicotómica entre hegemonía y contrahegemonía, académicos como George Yúdice (1995), Alberto Moreiras (2001), Gareth Williams (2002) y Jon Beasley-Murray (2010) prefieren difuminar los límites de la hegem-

³ Beverley (2013) aboga por una defensa de los Estados hegemónicos de la marea rosada y tilda de ultraizquierdistas (infantiles) a aquellos académicos que intentan deconstruirlos discursivamente.

⁴ Piénsese, por ejemplo, en el significativo caso del vicepresidente boliviano Álvaro García Linera.

nía o bien, prescindir de este concepto totalmente. Mientras Moreiras (2014) apela por una “infrapolítica” que se sitúe en el límite mismo de lo político anterior a toda subjetivación, Beasley-Murray (2010) sostiene que lo político no está movido por la hegemonía, sino por hábitos y afectos. Ya no pueblo, ni subalterno, ambos proponen el concepto de “multitud” para hablar de un colectivo que funcionaría como una suerte de potencia social autárquica.

La dificultad por vincular la poshegemonía y sus conceptos de infrapolítica y multitud con prácticas concretas en América Latina quizá tenga su origen en las fuentes teóricas de las que manan. Las huellas de Deleuze, Bourdieu, Negri, Nancy, Cohen y Arato, y Derrida condicionan una teorización de tipo más bien ontológico que, vaciada de conexiones con el pensamiento social latinoamericano, elude la especificidad de la región. Incluso Beasley-Murray, quien hace un esfuerzo en *Poshegemonía. Teoría política y América Latina* (2010) por conectar la teoría al contexto latinoamericano, no lo consigue fácilmente. Es revelador que haya tenido que deslindar lo teórico de lo histórico y diferenciar este último en letras más pequeñas.⁵ Respecto a los casos que ilustran su teoría, uno se pregunta, por ejemplo, si es apropiada la categoría de “sociedad civil” que usa para identificar a Sendero Luminoso o si la gente que salió masivamente a apoyar la restitución del orden constitucional tras el golpe de Estado venezolano en el 2002 puede ser catalogada de “multitud” tal como él lo hace. ¿Qué nos asegura que esas personas no se movieron capturadas por el discurso populista del chavismo? En cuanto a la “infrapolítica” que propone Mignolo, ¿es posible renunciar a una idea de cambio social que prescinda de la historicidad y de los procesos de subjetivación? Y, sobre todo, ¿cuál sería la praxis emancipatoria de un sujeto ahistorizado más allá de sentarse a esperar la irrupción del acontecimiento? (Morgan 2013: 43). Más aún; si aceptamos que la poshegemonía pretende “crear las herramientas conceptuales e instituciones posmodernas capaces de circunnavegar las condiciones de la globalización para así orientarnos hacia la imagen de la libertad y la justicia democráticas” (Williams 2015: 64), ¿qué margen queda para la acción y la transformación al aceptar los términos “clásicos” de democracia y libertad?

Por último, aunque el discurso poshegemonico es consciente del carácter dinámico e inaprensible de la “multitud”, esta última no escapa de una categorización ética. Beasley-Murray habla de multitudes buenas y malas, del mismo modo en que Laclau intentó diferenciar entre populismos de izquierda y de derecha. La necesidad de establecer estas dicotomías valorativas muestra que la poshegemonía no es tan ajena a las articulaciones antagónicas que critica. De hecho, el apego a la inmanencia constituye otro de los principales escollos que Beasley-Murray y la poshegemonía encuentran a la hora de afrontar una revisión de los presupuestos populistas de Laclau. Si bien, la crítica poshegemónica parte de un rechazo al “presentismo” del populismo, es decir, al hecho de que el pueblo

⁵ Esta minimización de la lo latinoamericano expresa cierta pretensión universalizante de su libro que nos devuelve nuevamente al problema de las asimetrías de prestigio epistémico entre lo que se escribe en el Norte y el Sur. Véase Beasley-Murray (2010: 16-17).

surja “con la mirada puesta en el presente, o mirando lo menos posible hacia atrás” (Tari-zzo 2015: 24), la dependencia de Beasley-Murray con respecto a la multitud “inmanente” de Negri y Hardt no supone una articulación más firme con el pasado histórico y el peso de los experimentos (fallidos o no) de transformación social.

Conviene aquí recordar la genealogía de la inmanencia de Negri y ello, en última instancia, nos lleva a Spinoza, Nietzsche y Deleuze. Políticamente hablando, el momento cumbre de la inmanencia en Negri es el imperio, una estructura expandida, acéntrica y en fuga, donde el poder ya no es capaz de controlar el desarrollo de subalternidades e insubordinaciones. En el marco del imperio, la insurgencia se encuentra *in nuce* en la propia dispersión imperial, a la espera de su explosión, y por tanto es inevitable. En Negri –y también en Beasley-Murray– la multitud se constituye en alternativa a un poder estatal inexistente, meramente nominal, anclado en la auto-representación y performatividad de rituales de poder y de antagonismo. De allí que para Beasley-Murray, siguiendo a Negri, la multitud expresaría, a través de medios no estatales, la agencia que el “sujeto político ausente” del nacionalismo y del populismo encuentra clausurada. Ello implica que “la multitud se forma cuando los cuerpos se reúnen mediante resonancias establecidas por buenos encuentros, pero está siempre abierta a nuevos encuentros y por lo tanto a nuevas transformaciones” (Beasley-Murray 2010: 213). Para Beasley-Murray, la multitud alcanzaría su verdadera plasmación en América Latina, si bien se vería amenazada por el “giro a la izquierda” de las políticas nacionales, siendo por ello necesario “recuperar” la agencia de un *Volk* históricamente capturado por poderes estatales desde Colón a Chávez (2010).

Sin embargo, cabe preguntarse acerca de la naturaleza de esa agencia, así como de la esfera de actuación de la política de la multitud. En su crítica de “*multitude*” y de “*Empire*”, Samir Amin acierta de lleno al señalar que bajo el término “*multitud*” se encuentra más una transpolación idealizada y romántica de la *plebs* de un presente globalizado, que una interpretación de la potencialidad transformadora de algún sujeto actual. Para Amin, el principal error de Negri y Hardt consiste en seguir aplicando un término que resulta solo adecuado para describir la sociedad francesa de mediados del siglo XIX, y no para aludir a un momento actual marcado por diferentes manifestaciones de la proletarianización en centros y periferias. Así, Amin cuestiona valores como lo abierto, la productividad y el éxodo que constituirían la base de la multitud.

Algo similar cabría decir sobre la “multitud” de Beasley-Murray, la cual constituye una de las principales divergencias, junto con el afecto y el hábito, respecto al modelo de Laclau. La multitud constituye un sujeto autoconsciente y productivo, capaz de sobrepasar los límites nacionales. Sin embargo, muchos de los ejemplos que aparecen “con letra pequeña” en el trabajo de Beasley-Murray resultan fácilmente explicables a través de lo que Amin llama “capitalismo periférico”, algo que incluye formas de sujeción directamente ligadas a la fuerza coercitiva del Estado y a la globalización de la proletarianización (2014). Desde esta perspectiva, el “sujeto en fuga” poshegemónico no sería un modelo de autonomía post-ideológica. Constituiría no tanto un sujeto político ausente (algo que une populismo y poshegemonía), sino un sujeto político inoperante, carente

de toda agencia por su volatilidad. Así, el argumento de Amin consiste en afirmar que los procesos de proletarización no constituyen una réplica atrasada de los del centro; por el contrario, el subdesarrollo es concomitante a las estructuras de esos centros. Amin cita el ejemplo de los trabajadores del sector informal, cuyo número se ha venido incrementando recientemente en lo que él llama “Sur periférico”, quienes no serían excluidos, sino más bien segmentos integrados en el sistema de explotación capitalista (2014).

En una dirección un poco diferente, los estudios decoloniales se han preocupado no tanto por categorizar lo popular como por desentrañar sus prácticas específicas. A partir de lo que el sociólogo peruano Aníbal Quijano denominó la “colonialidad del poder” a principios de los años noventa, esta línea de estudios se aboca a explorar las expresiones con que la matriz de poder global de la modernidad atraviesa el tejido social latinoamericano, así como también sus alternativas cognitivas. Zulma Palermo llama la atención sobre la necesidad de plantear la especificidad latinoamericana de las prácticas teóricas. Argumenta que frente al relativismo cultural de los *cultural studies* es importante “pensar en las condiciones crítica y teórica en América Latina en su proyección histórica” (2008: 221). Por tanto, la ventaja de lo decolonial respecto a la poshegemonía y al populismo estriba en su referencialidad, mucho más concreta, o en su valorización de formas de convivencia y de organización autóctonas. Así, por ejemplo, los estudios de Catherine Walsh (2013) y Arturo Escobar (2008) se concentran en las estrategias de movimientos sociales en Ecuador, Bolivia y en el Pacífico colombiano. Santiago Castro Gómez (2009) se enfoca en la colonialidad de la Bogotá de los siglos XIX y XX, Fernando Coronil (1997) estudia la caracterización providencial del Estado venezolano y Zulma Palermo (2005) discute la tradición del pensamiento crítico latinoamericano para volcarse sobre la actualidad argentina. Existen también propuestas que prefieren concentrarse en formas de colonialidad del poder generales, como las de Enrique Dussel (2005), Walter Dignolo (2005) y Edgardo Lander (2005). Aunque a menudo se hace énfasis en el *locus* de enunciación de los estudios decoloniales desde América Latina; tratándose de un grupo de académicos que producen tanto allí como en los Estados Unidos—tanto en inglés como en español—, resulta más apropiado concluir que se trata de un campo que establece un diálogo relativamente equitativo Sur-Norte, sustentado en la idea de que “todo conocimiento encuentra su legitimidad en las propias condiciones de producción y desde allí, interactúa dialógicamente con otras formas de conocer” (Palermo 2008: 241).

Las ventajas de los estudios decoloniales frente a otras líneas de trabajo determinan simultáneamente sus limitaciones. Con frecuencia, los saberes alternativos y las articulaciones de poder locales no pueden ser pensados en contextos más amplios dentro de la región. Esto es particularmente notorio en aquellos ámbitos propios de lo que el antropólogo brasileño Darcy Ribeiro (1970) llamó “pueblos nuevos” y “pueblos transplantados”; es decir, aquellas comunidades que generalmente no mantienen vínculos ancestrales con los lugares en los que viven. El hecho de que, con pocas excepciones como la de Ramón Grosfoguel, la mayoría de los decolonialistas se base en la región andina, muestra las dificultades de esta teoría por encontrar alternativas viables al neo-

liberalismo en aquellos espacios en los que los procesos de modernización han tenido un peso mayor en la configuración de subjetividades. Si la poshegemonía adolece de una universalidad homogenizadora, lo decolonial sufre el riesgo de quedar encapsulado en los límites de sus localizaciones específicas. La poca atención que áreas como la conosureña y la caribeña han recibido en los estudios decoloniales, podría estar sugiriendo la noción de territorialidades incontaminadas que no escaparían a una idealización –como en una suerte de neoindigenismo–, sustentada, nuevamente, en categorías estrictamente delimitadas y antagónicas: América Latina vs. Occidente, capitalismo global vs. comunitarismo local, modernidad vs. colectivismo ancestral, desarrollismo vs. perspectivismo multinaturalista⁶, entre otras.

Las insuficiencias y contradicciones de la crítica culturalista aquí revisada muestra el grado de complejidad y conflictividad que constituye lo latinoamericano. De allí que pensar en alternativas epistémicas frente al sistema-mundo capitalista sea tan atractivo y al mismo tiempo tan elusivo. Sin embargo, cuando se piensa en el recorrido crítico transitado desde el siglo xx, se advierte la definición de nuevas territorialidades más democratizadoras y menos sujetas a marcos petrificadores. En este sentido, ha habido una preocupación por la “culturalización de la política” y una búsqueda de alternativas a los modelos de la alteridad y la diferencia que han sido significativos. Faltaría, en cualquier caso, profundizar en el análisis de las posibles relaciones entre una productividad incognoscible (no determinada de inicio y no subsumible en una “negatividad estética” y supuestamente emancipadora) y nuevas formas de lo instituyente. Igualmente, resultará necesario no perder de vista que, en muchos casos, la quiebra de la hegemonía no siempre implica la configuración de un nuevo sujeto político; en ocasiones, lleva a la desaparición de cualquier posibilidad de articulación política, a la pérdida incluso de la condición de subalternidad, como argumenta Raúl Zibechi (2012). Al final de su testimonio, Rigoberta Menchú afirmaba: “Conservo todavía secretos que nadie puede conocer. Ni siquiera los antropólogos y los intelectuales, no importa cuántos libros hayan escrito, no pueden descubrir todos nuestros secretos” (en Latin American Subaltern Group 1993). La incognoscibilidad latinoamericana es también su condición de posibilidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Amin, Samir (2014): “Contra Hardt and Negri. Multitude or Generalized Proletarianization?”. En: *Monthly Review*, 66, 6, <<http://monthlyreview.org/2014/11/01/contra-hardt-and-negri/#fn8>> (01.10.2015).
- Beasley-Murray (2010): *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Beverly, John (1993): “El testimonio en la encrucijada”. En: *Revista Iberoamericana*, LIX, 164-165, pp. 485-495.

⁶ Aunque el antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro no forma parte del grupo de estudios decoloniales, su propuesta sobre un “multinaturalismo” basado en las cosmologías indígenas amazónicas puede ser concebida como alternativa al desarrollismo criticado por Escobar (1996).

- (2011): *Latinoamericanism after 9-11*. Durham: Duke University Press.
- (2013): “El ultraizquierdismo: enfermedad infantil de la academia”. En: *Alter/Nativas. Revista de Estudios Culturales Latinoamericanos*, 1, <<http://alternativas.osu.edu/es/issues/autumn-2013/essays/beverley.html>> (01.10.2015).
- Castro Gómez, Santiago (2009): *Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1930)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Cava, Bruno/Schavelzon, Salvador (2015): “Podemos y Latinoamérica: Historia de un desacuerdo”. En: <<http://anarquiacoronada.blogspot.com.ar/2015/08/podemos-y-latinoamerica-historia-de-un.html>> (01.10.2015).
- Cornejo Polar, Antonio (1997): “Mestizaje e hibridez: el riesgo de las metáforas”. En: *Revista Iberoamericana*, LXIII, 180, pp. 341-344.
- Coronil, Fernando (1997): *The Magical State: Nature, Money and Modernity in Venezuela*. Chicago: University of Chicago Press.
- Draper, Susana (2015): “Hegemonía, poder dual, poshegemonía: las derivas del concepto”. En: Castro Orellana, Rodrigo (ed.): *Poshegemonía. El final de un paradigma de la filosofía política en América Latina*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 93-113.
- Dussel, Enrique (2005): *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Escobar, Arturo (1996): *La invención del desarrollo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Norma
- (2008): *Territories of Difference: Place, Movements, Life, Redes*. Durham: Duke University Press.
- Fernández Retamar, Roberto (2003): *Todo Calibán*. San Juan: Ediciones Callejón.
- Grüner, Eduardo (2003): *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*. Buenos Aires: Paidós.
- Laclau, Ernesto (1978): *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*. México: Siglo XXI.
- (2005): *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto/Mouffe, Chantal. (2001): *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. London: Verso.
- Lander, Edgardo (2005): “La ciencia neoliberal”. En: *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 11, 2, pp. 35-69.
- Latin American Subaltern Studies Group (1993): “Founding Statement”. En: *Boundary*, 20.3, pp. 119-20.
- López, Magdalena (2013): “Sobre el culturalismo neoconservador y los gobiernos de izquierda en América Latina”. En: <<http://www.condistintosacentos.com/sobre-el-culturalismo-neoconservador-y-los-gobiernos-de-izquierda-en-america-latina/>> (01.10.2015).
- Moraña, Mabel (1998). “El boom del subalterno”. En: Castro Gómez, Santiago/Mendieta Eduardo (eds.): *Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. México: Miguel Ángel Porrúa, pp. 233-243.
- (1999): “Antonio Cornejo Polar y los debates actuales del latinoamericanismo: noción de sujeto, hibridez, representación”. En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 25, 50, pp. 19-27.
- (2000): “De metáforas y metonimias: Antonio Cornejo Polar en la encrucijada del latinoamericanismo”. En: Moraña, Mabel (ed.): *Nuevas perspectivas desde sobre América Latina: el desafío de los estudios culturales*. Pittsburgh/Santiago de Chile: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/Cuarto Propio, pp. 221-229.

- Mignolo, Walter (2005): *The Idea of Latin America*. Malden: Blackwell.
- Moreiras, Alberto (2001): *The Exhaustion of Difference: The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press.
- (2013): “Posthegemonía, o más allá del principio del placer”. En: <<http://alternativas.osu.edu/es/issues/autumn-2013/essays/moreiras.html>> (01.10.2015).
- (2014): “Infrapolitical Derrida”. Ponencia presentada en el XXII International Congress of the Latin American Studies Association Annual Conference. Chicago, 12-24 de mayo.
- Morgan, Nick (2013): “¿Olvidar el latinoamericanismo?: John Beverley y la política de los estudios culturales latinoamericanos”. En: *Cuadernos de Literatura*, XVII, 34, pp. 18-45.
- Palermo, Zulma (2005): *Desde la otra orilla; pensamiento crítico y políticas culturales en América Latina*. Córdoba: Alción.
- (2008): “Revisando fragmentos del archivo conceptual latinoamericano a fines del siglo xx”. En: *Tábula Rasa*, 9, pp. 217- 246.
- Rama, Ángel (1984): *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Ribeiro, Darcy (1970): *As Américas e a Civilização: Processo de Formação e Causas do Desenvolvimento Cultural Desigual dos Povos Americanos*. Rio de Janeiro: Editora Civilização Brasileira.
- Rincón, Carlos (1978): “El cambio actual en la noción de literatura en Latinoamérica”. En: *Ecco*, XXII-4; 96, pp. 385-421.
- Rodó, José Enrique (1976). “Ariel”. *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1-56.
- Tarizzo, Davide (2015): “Democratizar la democracia: de la hegemonía a la poshegemonía”. En: Castro Orellana, Rodrigo (ed.): *Poshegemonía. El final de un paradigma de la filosofía política en América Latina*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 19-29.
- Walsh, Catherine (2013): *Interculturalidad crítica y (de)colonialidad. Ensayo desde Abya Yala*. Quito: Abya Yala.
- Williams, Gareth (2002): *The Other Side of the Popular Neoliberalism and Subalternity in Latin America*. Durham/London: Duke University Press.
- (2015): “Los límites de la hegemonía. Algunas reflexiones sobre *El momento gramsciano* de Peter Thomas y *Hegemonía y estrategia socialista* de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe”. En: Castro Orellana, Rodrigo (ed.): *Poshegemonía. El final de un paradigma de la filosofía política en América Latina*. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 49-67.
- Yúdice, George. (1995): “Civil Society, Consumption, and Govern Mentality in an Age of Global Restructuring: An Introduction”. En: *Social Text*, 45, pp. 1-25.
- Zibechi, Raúl (2012): *Territories in Resistance: A Cartography of Latin American Social Movements*. Oakland: AK Press.

Fecha de recepción: 13.10.2015

Fecha de aceptación: 19.07.2016

Magdalena López es doctora en Literatura Latinoamericana por la University of Pittsburgh. Se especializa en cultura y literatura en el Caribe hispanoamericano. Es autora de los libros *El otro de nuestra América: imaginarios sobre Estados Unidos en Cuba y la República Dominicana* (2011) y *Desde el fracaso: narrativas del Caribe insular hispano del siglo XXI* (2015). Ha publicado diversos artículos en revistas como *Latin American Research Review*, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, *Bulletin of Hispanic Studies*, *Chasqui*, *Revista Iberoamericana* y

América Latina Hoy. Actualmente es investigadora en el Centro de Estudios Comparatistas de la Universidade de Lisboa.

| **Carlos Garrido Castellano** es investigador postdoctoral FCT en el Centro de Estudios Comparatistas de la Universidade de Lisboa. Sus intereses de investigación se centran en la cultura visual, la teoría crítica, la curaduría y las prácticas artísticas colaborativas. Ha sido miembro de varios proyectos de investigación ligados al Caribe y América Latina, y es autor de dos libros sobre arte contemporáneo caribeño. Ha sido profesor visitante en varias universidades americanas y europeas. Es miembro de AICA (Asociación Internacional de Críticos de Arte) Caribe Sur. Actualmente coordina el proyecto “Comparing We’s. Collectivism, Emancipation, Postcoloniality”.